

# MARI JUNGSTEDT

## LAS TRAMPAS DEL AFECTO

*Traducción:*

ALICIA PUERTA QUINTA  
JOSÉ LUIS MARTÍNEZ REDONDO



MAEVA | NOIR

*A Ruben Eliassen, a quien quiero.  
Por todas las risas, la inspiración y el amor.  
Sin ti este libro no se habría escrito jamás.*

PAREDES BLANCAS DESNUDAS, una lámpara redonda y la luz matinal plomiza que se filtraba por las cortinas finas de algodón, un velo de protección entre él y el mundo exterior. Tan solo tenía un ojo cerrado. Reinaba el silencio. Parecía que estuviese encerrado en su propia burbuja, en un capullo de seda tejido con hilos invisibles. Apenas se percibía sonido alguno a excepción de un suave murmullo que venía de lejos. Un grifo abierto. El viento soplaba con tal fuerza que hacía vibrar los cristales de las ventanas. En la mesita, situada al lado de la cama, había un jarrón de acero inoxidable con unos tulipanes amarillos. Un vaso de agua a medias.

Anders Knutas estaba solo en la habitación cuando percibió un intenso olor a desinfectante. Estaba tumbado en la cama y, con cuidado, se dio la vuelta. Entornó los ojos, sintió unas fuertes punzadas en la nuca y en un brazo. Además, tenía el cuello rígido y la cabeza en blanco, como si hubiera estado inconsciente. Deslizó la mirada por las paredes de aquel lugar; sin duda, debía de estar en el hospital, pero ¿qué día era? ¿Y qué hora exactamente?

Intentó levantarse, pero un pinchazo repentino en el diafragma lo detuvo. Notó que le faltaba el aire y, despacio, volvió a tumbarse en la cama. Se dio cuenta de que lo habían vendado justo por debajo del pecho. De pronto le vino a la mente el dolor que lo azotó un instante antes de perder la consciencia. Llegó a pensar que iba a morir.

Poco a poco fueron volviendo los recuerdos de aquel estruendo.

Aquella mañana. Qué rápido había sucedido todo. Hacía frío y estaba amaneciendo cuando salió a fumarse una pipa a la puerta de casa antes de llamar a un taxi para ir al aeropuerto con Karin. Al principio no se percató del coche aparcado en su calle, a unos metros de distancia, pero después notó que había alguien dentro. Una silueta se adivinaba en la oscuridad gracias a la luz tenue que provenía de las farolas. Al cabo de unos segundos, oyó un motor que arrancaba y, acto seguido, el coche se precipitó hacia él. La pipa se le escapó de las manos y cayó al suelo. Por un momento, el mundo entero se congeló en una sola escena a cámara lenta. Los faros delanteros de aquel coche lo deslumbraron y entonces se oyó el estruendo de la explosión y los cristales rotos, y su cuerpo salió despedido hacia un lado.

Recordó haber alzado la mirada. Estaba empezando a amanecer y el cielo era gris. Le zumbaba en los tímpanos el estrépito de los metales y cristales cuando saltaron por los aires. Notó que algo húmedo y tibio le recorría la mejilla. Se secó el rostro y se fijó en la manga de la chaqueta. Era sangre. Un dolor intenso en el costado lo azotó de repente.

El tiempo transcurría cada vez más rápido y las nubes, que habían permanecido inmóviles frente al cielo, empezaron a alejarse por el horizonte. A duras penas consiguió ponerse en pie y, con la vista nublada, se dio cuenta de que el coche se había estrellado contra la casa de un vecino tras atravesar la verja y el jardín. Una de las ventanas de la casa estaba rota, aunque el vehículo fue el que se llevó la peor parte, pues quedó totalmente chafado por delante. Steffan Norrström se encontraba apoyado en el volante con el rostro ensangrentado. Knutas observó que movía los labios y, al mirarlo fijamente, se percató de que estos articulaban una palabra.

—Ayuda.

Al principio no logró descifrar el significado. «Ayuda». Pestañeó con fuerza. El dolor que sentía en el costado era casi insostenible. Mientras tanto, el coche seguía con el motor en marcha. Stefan continuaba susurrando con el rostro cubierto de sangre y la mirada fija en él.

Una humareda negra comenzó a salir del capó. No le quedaba mucho tiempo, tenía que concentrarse.

Knutas avanzó tambaleándose hacia la puerta del coche y manipuló el tirador hasta que consiguió abrirla y se inclinó hacia Norrström, a quien oyó decir débilmente:

—No quiero morir así... No dejes que me muera.

Lo agarró y lo sacó del coche. En ese mismo instante se encendieron las llamas. La ambulancia se aproximaba con la sirena a todo volumen. De pronto, la calle comenzó a llenarse de gente que acababa de despertar y que no daba crédito a lo que veía. La familia que vivía en la casa salió por la puerta a toda prisa en pijama.

Tumbó a Stefan de lado en el suelo.

—No dejes que me muera —repitió.

—No vas a morirte —respondió Knutas.

Stefan había estirado el brazo para agarrarle la mano con fuerza. Anders notó que el corazón le latía rápido, primero con firmeza y después con menor intensidad. Parecía que alguien hubiese colocado un manto mojado capaz de amortiguar cualquier sonido, seguido de un velo para taponarle los ojos, y tal oscuridad no dejaba de expandirse. La mano que aferraba la de Stefan se soltó. Las personas que los rodeaban desaparecieron y las luces que parpadeaban se atenuaron hasta desvanecerse por completo. Todo estaba sumido en el caos. Sus piernas cedieron.

Todo se volvió oscuro, vacío e inerte. Hasta este preciso instante.

LA POLILLA AGITABA las alas mientras chocaba contra la lámpara halógena que colgaba del techo. Otras yacían inmóviles en el suelo de hormigón que había justo debajo. «Como Ícaro», pensó. Aquel héroe trágico de la mitología griega cuyo padre le fabricó unas alas para que escapara de su enemigo de la isla de Creta. Pero se acercó demasiado al sol, lo cual provocó que la cera de las alas se derritiera e Ícaro se ahogara en el mar.

Esperó mientras observaba al insecto que emitía zumbidos al chocar contra la lámpara, que desprendía una fría luz blanca en el garaje. Y entonces el chisporroteo se oyó de nuevo: otra vez demasiado cerca. Otra polilla al suelo.

También tenía quemaduras. Solo durante una época había llegado a sentirse plenamente vivo. Se había lanzado desde lo más alto, se había atrevido a entregarse y a recibir con los brazos abiertos todo lo que la vida le brindaba. Los problemas llegaron después y, con ellos, ese dolor parecido a la sensación de ser atropellado por un tren a máxima velocidad. Había sobrevivido, aunque no se sentía vivo.

«Nunca es demasiado tarde —se había dicho a sí mismo delante del espejo—; nunca es demasiado tarde para hacer algo al respecto.»

Recogió del suelo la escoba que estaba en el rincón y se puso a barrer las polillas hacia el portón del garaje, que levantó para

poder sacarlas a la calle, en mitad de la gélida noche. Después lo cerró con llave y dejó de nuevo la escoba en su sitio.

Volvió al coche, giró la llave de contacto y los faros iluminaron la pared del garaje donde estaban todas sus herramientas perfectamente colgadas en hileras. Puso a Johnny Cash, su favorito.

Se encendió un cigarrillo y le dio una calada mientras cerraba los ojos y dejaba que las notas llenaran el espacio que había entre él y todo lo que tenía delante. Eso fue lo que decidió hacer. Dio otra calada antes de abrir los ojos otra vez y contemplar la pared. Fijó la mirada en una de las herramientas. Se levantó y salió del coche. Apagó el cigarrillo a pesar de que solo se había fumado la mitad y guardó la colilla en el paquete de tabaco. Tomó la pistola de bala cautiva de la pared de las herramientas, la desatornilló para separarla en dos partes y halló una carga de pólvora. Tenía una caja con recambios justo debajo de la hilera de herramientas. Ciento noventa miligramos. La cargó y volvió a unir las partes.

Notó el peso y el acero helado contra la piel. Tensó el muelle, se detuvo un instante y luego la sopesó.

Pudo oír la voz de su padre. «Mantén la mano quieta», habría dicho. Pero la pistola pesaba, no era nada ligera. Su padre le agarraba con fuerza la manita, que se perdía casi por completo dentro de su puño tosco. Se vio obligado a no soltar la pistola de bala cautiva y a dispararle al buey en la frente. No había sido capaz de olvidar aquella imagen. Cerró los ojos y percibió el olor que el miedo desprende. Aquella pistola helada que sostenía con la mano. «Y entonces, aprietas el gatillo.» Le lanzó una mirada a su padre. «No puedo», le respondió. Pero su padre no lo entendía, no quería entenderlo. «Claro que puedes.» Aquella voz adulta sonaba segura, calmada. Notaba la presión de la mano robusta de su padre contra la suya. Y entonces se oyó el estrépito, un disparo ensordecedor que hizo que se estremeciera por

completo. El buey se desplomó en el suelo. Le entraron ganas de gritar, pero era incapaz de emitir sonido alguno. La mirada de su padre y la suya allí clavadas, aunque no habían visto lo mismo.

Regresó al presente, suspiró con fuerza y volvió a colgar la pistola en su sitio. La voz de su padre desapareció de su cabeza temporalmente, pues sabía que nunca estaría en el mismo lugar que él; siempre estaría esperando junto con las otras voces.

Las voces de aquellos que lo habían abandonado.



HABÍA SIDO UNA noche larga e intranquila para Julia Ramberg y la ansiedad tampoco consiguió desvanecerse al amanecer. Abrió los ojos y no tardó en acordarse de lo que tenía por delante. Iban a reunirse para hablar del futuro de la granja por primera vez después del entierro de su padre y sabía perfectamente lo que los otros querían. Demasiado bien lo sabía. Se estremeció con tan solo pensarlo. Preferiría seguir durmiendo y soñar con algo bonito, apacible. Hacía tanto frío en la habitación que se había tapado hasta la nariz. Las primaveras eran más bien frías en Gotland y la humedad se filtraba por las gruesas paredes de piedra de las casas. Había pasado largas horas en vela tirada en la cama, observando angustiada el papel pintado de las paredes, las flores estivales con sus tallos finos, la campánula, el botón de oro, la amapola y el pensamiento. Era un papel pintado anticuado que llevaba pegado a la pared desde que tenía memoria. El perro entró a hurtadillas en la habitación, se colocó a un lado de la cama y la miró con ojitos de pena. El border collie era su mejor amigo y le daba tranquilidad.

—Ven aquí, *Mio* —lo llamó dando una palmadita en la colcha.

Acto seguido, el perro la miró y subió de un salto a la cama para acurrucarse junto a sus pies. Sentía que la presión en el pecho era cada vez mayor cuando pensaba en que muy pronto volvería a reunirse con sus hermanos. Tanto Daniel como Maria habían expresado su deseo de vender la granja del siglo XVII que

había visto la infancia de los tres y que contaba con una rica historia. «Cuanto antes, mejor, antes de que llegara el verano y la temporada baja del mercado inmobiliario se les echase encima», le había soltado Daniel por teléfono la noche anterior. Su hermano mayor hablaba con un tono serio y formal impropio de él; tenía la sensación de haber estado conversando con un desconocido.

La granja de Gauståde se consideraba una de las más hermosas de Gotland. La habían declarado patrimonio histórico, lo que significaba que debía mantenerse en buenas condiciones. En esa granja habían crecido todos ellos con papá y mamá. La familia había escrito su historia en aquellas tierras, los campos habían florecido junto a los corderos que ellos mismos criaron. Era tal su singularidad que hasta se había descrito en libros que hablaban de la historia de Gotland y de su arquitectura tradicional. No entendía cómo podían pensar en vender. ¿Tendría que mudarse ya, antes del otoño? ¿Dejarlo todo?

Se retorció del espanto y se hizo un ovillo bajo el edredón. Esa mañana el aire era frío y húmedo y no le había dado tiempo a encender el fuego de las muchas chimeneas que tenía la casa. Era la única fuente de calor, siempre había sido así. Probablemente por eso preferiría quedarse a vivir allí, por la sensación de permanencia, de que las cosas se quedan siempre igual. Desde que era niña había ayudado a criar los corderos y no podía imaginar dedicarse a otra cosa.

Recorrió con la mirada las vigas que sobresalían del techo, los nichos profundos de las ventanas y el suelo antiguo de tablas oscurecido por el paso del tiempo y desgastado por las pisadas.

Notó un fuerte nudo en el pecho, sintió ganas de arrojar algo contra la pared para calmar la frustración que la atormentaba. ¿Qué iba a ser de ella? Tenía treinta y cinco años, estaba soltera y no tenía hijos. Si bien era cierto que había conocido a alguien

en Visby, no sabía si duraría. Mudarse a la ciudad era algo impensable. Estaba acostumbrada al campo, al trabajo en la granja, a estar en contacto con los animales. Allí se sentía en casa. Se había pasado horas pegada al teléfono hablando con sus hermanos, pero no había servido de nada. Querían vender la casa y ella no podía permitirse comprar la parte que les correspondía a los otros dos. Se vio obligada a desistir y dejó que acudieran a una inmobiliaria.

Julia se dio la vuelta en la cama y miró por la ventana. Los campos sembrados y los prados, los corderos pastando en el cercado. Los árboles que todavía lucían desnudos, como reflejo de una primavera tardía. Aquellas tierras conformaban su historia, las tierras por las que había correteado desde niña, rodeada de los edificios de la granja. Había sido feliz, todo lo feliz que una niña podía ser.

Ojalá Elias aún estuviera vivo. Se habría opuesto a la venta de la granja. Su hermano pequeño había sido su brazo derecho toda la vida. Eran inseparables y lo habían compartido todo desde pequeños. Era un año menor que ella y habría cumplido treinta y cuatro años ese año. Elias, en quien confiaba plenamente. Sabía que la habría respaldado en cualquier cosa. El frágil y tierno Elias, que siempre se había apoyado en ella cuando eran niños en los momentos difíciles. En una ocasión, llegaron a hacerse cortes en los brazos para intercambiarse la sangre y dejar que se mezclara en señal de que no eran simplemente hermanos, sino los mejores amigos, y estarían juntos por siempre. Elias, su alma gemela; nada podría separarlos jamás. Eso fue lo que se prometieron. Nada excepto la muerte.

«Hasta que la muerte nos separe», eso había pensado durante la ceremonia conmemorativa por la muerte de su hermano mientras se acariciaba la cicatriz y contemplaba todas las flores y postales de condolencias.

La familia había enterrado a Elias, pero Julia había enterrado una parte de sí misma.

Elias nunca formaría parte de esa venta. Adoraba su rincón de la cabaña infantil que tenía en el jardín, donde se ponía a leer sus libros, a dibujar y a escuchar música. Era distinto al resto. Introverso, soñador y tímido. Tenía su propio universo. Su madre, desde luego, no hacía nada por ocultar que él era su preferido. Tal vez ni siquiera fuera consciente de cuán abiertamente mostraba su predilección por él. Intentaba tenerlo siempre cerca y procuraba que permaneciera en casa lo máximo posible. Sin embargo, él prefirió seguir su propio camino, pues era como una mariposa imposible de cazar ni controlar. Cuando acabó el instituto, estuvo trabajando unos años para ahorrar dinero y un día le dijo a la familia que se iría a Chile a escalar montañas, lo cual no sorprendió a nadie. De niño siempre estaba escalando, soñaba con volar, con escapar de todo aquello que le hacía daño y era complicado. Así que hizo la mochila y desapareció.

Al cabo de tres meses recibieron la notificación del accidente. La tristeza dejó a toda la familia paralizada, sobre todo a la madre, que nunca volvió a ser la misma. «Elias habría estado de mi parte —pensó Julia—. Juntos éramos fuertes. Siempre fue así cuando éramos niños.»

Soltó un suspiro y salió de la cama en contra de su voluntad. Introdujo los pies en las zapatillas de piel de oveja y se puso la bata. Se detuvo frente a la ventana. Los corderos negros lucían aún su frondosa lana invernal, con la que aparentaban el doble de su tamaño real. Pronto llegaría la época de esquila, quizá por última vez. Pensarlo le desgarraba el corazón. Posó la mirada en la casita de piedra que se veía al final del jardín, era un cobertizo antiguo en el que antaño se guardaba el lino recién cortado y se dejaba secar. Los matorrales de la senda que había junto a la puerta habían crecido demasiado. «Algo tengo que hacer con todo eso», pensó Julia.

De pronto se sobresaltó. Vio que algo se movía por detrás del cobertizo. Vislumbró una sombra junto a una de las esquinas. ¿Quién diantres andaría allí? Por aquella zona apartada no solía pasar nadie. No por ese lado. ¿Serían imaginaciones suyas? Tal vez fuera solo un cordero que se había perdido. Quizá solo fuera eso.

EL COMISARIO ANDERS Knutas se sentó en su desgastada silla giratoria al fondo del despacho de la comisaría de Visby. Se balanceaba hacia delante y hacia atrás. Tenía el escritorio a rebosar de papeles, carpetas, libros y cuadernos, y a cualquier extraño aquellas montañas le habrían parecido un auténtico caos. Tan solo él encontraría algo en aquel desorden. No es que hubiera una razón, pues había tenido tiempo de sobra para ordenarlo todo. El invierno había transcurrido sin incidentes y se había dedicado a seguir su rehabilitación para recuperarse. Había estado de baja y llegó a reducirse la jornada, pero esa etapa ya había terminado. Estaba feliz de volver a la rutina de siempre; al menos haría todo lo que pudiese para conseguirlo. A decir verdad, el concepto de rutina ya casi no existía; le había cambiado tanto la vida que apenas conservaba los mismos hábitos y costumbres.

Sacó la pipa y se puso a cargarla. Se avecinaba una tormenta, se percibía una brisa de aire gélido en el ambiente. A pesar de estar en abril, parecía que la primavera tardaría en llegar. Knutas se dirigió a la ventana para cerrarla. Estaba sentado con la chaqueta puesta, no porque tuviera frío, sino porque deseaba salir de aquel lugar. Miró el reloj situado encima de la puerta y miró el suyo de pulsera. Ambos marcaban la misma hora. Se acomodó de nuevo en la silla y, con gesto nervioso, empezó a dar golpecitos en el teclado con los dedos. Ya faltaba poco. En cuanto Karin estuviera lista, se irían. De todas formas, tenía tal

desconcentración que le era imposible dedicarse a cualquier cosa seria.

A veces le entraban ganas de quitarse el reloj y dejarlo allí para ver qué sucedía al ignorar el tiempo. Tal vez se pararía si no le prestara ninguna atención y no le diese importancia.

—Ya estoy lista. ¿Estás seguro de todo esto?

Knutas alzó la cabeza y se giró hacia la puerta. Karin lo esperaba debajo del reloj. Por fin. Ella, con su cabello oscuro y sus enormes ojos pardos. «Qué hermosa es», pensó. Casi se estremecía con tan solo ver su silueta esbelta. Ya eran pareja desde hacía un tiempo. Llevaba puestos el abrigo y el bolso, se inclinó hacia el marco de la puerta y lo miró.

—¿Tienes frío? ¿Te estás resfriando? —continuó antes de que Anders pudiera tranquilizarse de nuevo.

—No —respondió—. Ya salgo.

Apagó el ordenador y miró el escritorio por última vez antes de alcanzar la maleta que había preparado esa misma mañana.

—¿No?

Knutas se acercó y le besó la mejilla justo antes de que salieran juntos al pasillo.

—¿Es un no de que estás seguro o un no de que no has pillado un resfriado?

Se detuvo en el pasillo y lo miró con gesto serio.

—No, no estoy resfriado. Y sí, estoy seguro de hacer esto. Aunque no esté tan convencido de que sea una buena idea, sé que es lo que debo hacer.

Empezó a chispear cuando se metieron en el coche, él en el asiento del copiloto, con los brazos cruzados a la altura del pecho. Karin notaba que estaba nervioso; se había quedado mirando fijamente las gotas de lluvia que se deslizaban por la ventana como diamantes. La subcomisaria giró la llave de contacto y salió del aparcamiento dando marcha atrás.

—No se te suele olvidar ponerte el cinturón —le soltó Karin.

Él la miró de soslayo antes de abrochárselo y luego apoyó las manos en las rodillas y suspiró.

—Te noto nervioso —prosiguió mientras se incorporaba a la autovía.

—Pues sí —reconoció—. Pero no me queda otro remedio.



PENSÓ EN TODAS las noches seguidas que se había quedado esperándola y contemplándola a través de los enormes ventanales, las veces en las que se había preparado para irse a casa. La había visto irse de la oficina y cerrar la puerta al salir. Subirse al coche y alejarse conduciendo por la parte trasera del jardín. Le gustaba su estilo, tenía una forma de vestir discreta y sus movimientos desprendían elegancia. Su feminidad le recordaba a alguien a quien, sin duda, había preferido olvidar.

Pero le resultaba imposible apagar las voces de su mente y no podía evitar pensar en la traición que escondían. Aún oía aquella que le susurraba que lo amaba. Sacudía la cabeza con la intención de sacarse la voz que lo agarraba con fuerza. No quería que se acercara demasiado para que no le hiciera más daño; ya llevaba el dolor consigo.

Trataba de concentrarse en aquella figura femenina que se asomaba a la ventana. Lo arreglaba todo de una forma premeditada, las mismas cosas todos los días. Y eso le gustaba. Transmitía confianza absoluta. ¿Cuántas veces se había encontrado él con algo así en la vida? Sin duda, la confianza, el respeto y la tranquilidad van de la mano. Confianza... Le gustaba esa palabra. Y a ella le venía como anillo al dedo.

Ya se había llevado de allí un folleto de la granja de Gaustäde.

La mujer de la inmobiliaria estaba al teléfono, lo miró un segundo y, mientras, alcanzó una carpeta y la tarjeta de visita de

Sanna Widding. Le preguntó si quería inscribirse en la lista mientras tomaba un bolígrafo y un folio. Pero no llegó a responder y se marchó de allí sin más. Ya en la calle, sacó la tarjeta de visita del bolsillo y la examinó. Salía bien en la foto. Con tener su tarjeta, ya se sentía un poco más cerca de ella.

Le encantaba mirarla y analizar sus movimientos.

Cuando la jornada laboral se acercaba a su fin, se levantaba y se ponía el abrigo. Apagaba el ordenador y se quitaba los zapatos planos que siempre llevaba dentro de la oficina. En cuanto salía de allí, se ponía otros, y aquel día se puso unas botas ajustadas. Llevaba unos pantalones largos negros, una camiseta negra y una torera roja encima. «Estaba preciosa», pensó.

Por lo general, se iba en coche directamente a casa después del trabajo; al parecer, no solía hacer ningún recado ni quedaba con nadie. Tal vez le diera tiempo a hacerlo a la hora del almuerzo o aprovechara cuando estaba fuera de la oficina con diferentes visitas. Se quedó esperándola y, mientras tanto, la observó desde lejos. Sintió compasión por ella y, tras haberla examinado con detenimiento, tuvo que reconocer que había empezado a gustarle.

El reloj aún no había dado las cuatro y media cuando salía de trabajar. Aquello le molestó. No solía terminar a esa hora. Sin duda tuvo suerte, ya que él había ido más temprano que de costumbre, aunque no tenía otra cosa mejor que hacer. Trató de evadirse de su irritación para poder concentrarse. Un coche lo adelantó y se interpuso entre ambos.

Se sentó al volante. Habían empezado a caer algunas gotas y las luces de los faros se reflejaban en la lluvia. Se percató del sonido de las ruedas al aplastar la gravilla del suelo cuando salió del aparcamiento. Esperó hasta que el vehículo se adentró en la carretera y decidió seguirla. Siempre los mismos patrones. Primero ponía el intermitente a la izquierda y, a continuación, salía de la ciudad en dirección norte. Pero en el siguiente semáforo

ocurrió algo inesperado: en vez de indicar el giro a la izquierda, continuó recto. Aquello le resultó extraño y un poco molesto. ¿Qué estaría tramando? ¿Por qué no hacía lo de siempre? Esta vez se dirigía a Fårösund. La irritación se apoderó de él. La mujer pisó el acelerador. «Gira a la derecha, vete a casa —murmuraba para sus adentros—. Todavía cabe otra oportunidad en el siguiente semáforo.» Pero siguió todo recto, hacia otro destino. El corazón le latía con fuerza. «No se puede confiar en las personas que no tienen hábitos ni costumbres. No existe confianza ninguna —pensó al mismo tiempo que su ira crecía—. Nunca se sabe por dónde van a salir.»

Entonces aceleró, adelantó al vehículo y se pegó a ella.